

—Por San Genaro! exclamó Luca Tristany, el primero; os seguiré hasta el fin del mundo.....

—Una cabeza de á cuarenta mil ducados! exclamó Marico Marchese. Los otros dijeron:

—A donde quiera que vayáis, maestro, os seguiremos.

Athol les presentó su mano abierta.

Cada una de las otras seis manos, se colocó sucesivamente en la suya, de manera que los anillos de hierro sonasen al tocarse.

Era el juramento del Silencio.

Luego, Athol dijo:

—Estamos á 15 de Octubre. Os doy cita para de hoy en ocho, en Nápoles, en el teatro de San-Carlo, á las nueve y media de la noche.

—El teatro es grande..... en qué lugar os encontraremos? preguntó David Heimer.

—Buscad, contestó Athol envolviéndose en su capa para salir; buscad el palco de S. A. R. el príncipe Francisco.... y contemplad bien al hombre que vereis sentado á la derecha del heredero de la coronal.....

PRIMERA PARTE.

BELDEMONIO.

I.

PETER PAULUS BROWN, DE CHEAPSIDE.



N 1823 eran todavía buques de vela los que hacían el servicio entre Marsella y Nápoles.

El *Pausilippo*, precioso brick levantino, cuya tripulación entera hablaba ese lenguaje sonoro que alegra las riberas de la Cannebière, dobló el muelle, á toda vela, una cálida mañana de Junio, costeó la punta de la Salud, é hizo su entrada en el puerto de Nápoles.

Hacia ya mas de dos horas que habia sobre el puente un hombre que entorpecía muchísimo la maniobra, ocupado como estaba en mirar á Nápoles, con un antejo de larga vista, de patente, de doce vidrios, sistema Dawson de Lincoln-Inn's-Field, proveedor privilegiado de S. M. la reina y de S. A. S. el príncipe Alberto.

El antejo de larga vista era de un tamaño respetable. Nuestro hombre cargaba el estuche debajo del brazo, y cada vez que esta voluminosa caja hacia tropezar, al paso; á algun marinero, le decia con una escrupulosa política y un acento del otro lado de la Mancha, solemnemente cómico:

—Yo pide moch perdon fourmalement.

Los marineros se reian y lo maldecian.

Nuestro hombre era un inglés, y, vive Dios, que tenia bien el aire de ello. Circunstancia agravante: habia visto por la primera vez esa luz crepuscular, que los ingleses de buen humor llaman el dia, en Cheapside, en el corazon de la Cité de Lóndres, entre Fleet-Street y Poultry.

Los *gentleman* del comercio que nacen en estas brumosas y ahumadas latitudes, son tres veces mas ingleses que el resto de los súbditos de su magestad británica.

Peter Paulus Brown, de la casa Marjoram, Watergruel, Brown y Comp., para el comercio de Algodones de la Compañía, era el que estaba á bordo del *Pausilippo*.

Mistres Penelope Brown, quinta hija de Lysander Marjoram y de Jocasta Watergruel, estaba tambien; pero en el camarote, por que estaba grandemente mareada.

Jack, criado de Peter Paulus, permanecia en pié, no lejos de su amo, cargando una parte de los utensilios de que el gentleman hacia uso en el viaje.

Melicerta, Mely, ó simplemente Mel, camarista de Penelope, se ocupaba en partir en cuatro los limones que su ama mordía con todas sus ganas.

En los momentos en que no estaba mareada, Penelope Brown era una bonita rubia, con una boca un poco grande y ojos de esmalte. Mely era una larguísima muchacha, muy bien cortada.

Ya conocéis á Jack, con su chaleco colorado y su rostro de dogo. Jack y Peter Paulus existen en un número de ejemplares exactamente iguales.

Una noche, al volver de la Bolsa de los mercaderes de algodón, Peter Paulus encuentra á su hijo William impertinente, y á Clary, su hija, fastidiosa. Nota, además, empañado el esmalte azul del ojo de Penelope Brown.

El spleen, ese vampiro de los bordes del Támesis, se ha deslizado allí, y atisba su presa en un rincon de la cámara nupcial. Los niños lloran. Penelope tiene jaqueca. Si Lysander Marjoram viene por casualidad, lo encuentran pesado. Cómo no lo habian notado antes?

Si el abuelo Watergruel, ó Joky (alias Jocasta), la madre, vienen á

hacer una visita, observan con fastidio que repiten hoy lo que decian ayer.

Ay! repetian ayer la conversacion quotidiana de cincuenta y cinco años. Pero no lo habian notado hasta entonces.

Es el mal de Italia que les ha acometido! Se encuentran de mal humor, y sueñan con las fondas (*restaurants*) de Palais-Royal y con los cuerpos de baile de la Opera. Todo esto es el mal de Italia!

Tan luego como amanece:

—Jack!

Jack llega con el té.

—Vete al diablo!

Jack vuelve la espalda.

—Quieres oirme, miserable?

Jack para el oido.

Ya ha visto de estos peligrosos ataques de Italia.

Desde la primera palabra conoce la enfermedad.

—Jack vas á ir al *Foreign bookselling* vas á comprarme el *Guia manual del viajero en Italia* la *Carta de postas de Europa* la *Descripcion del Piamonte* las *Antigüedades de Roma* un diccionario inglés-italiano la *Storia d'Italia*.

Aquí se interrumpe Peter Paulus, y se sonríe con satisfacción.

—La *Storia d'Italia!* repite con ese acento que ya sabeis. Tengo magníficas disposiciones para aprender los idiomas!

Jack ha comprado ya todos esos libros para otros.

Sabe ya dónde está el boticario, quiero decir, el librero, que vende esas drogas para el mal de Italia.

Vuelve con un tercio de libros.

Peter Paulus los mira con espanto, y envia á Jack á comprar una maleta para enfardar aquella biblioteca.

Luego, metiendo los brazos entre su *tuina*, va á ver á G. C. W. Drake, S. Stevenson, J. N. Stewart y otros mercaderes de algodón, que han padecido ya ese mal, y que han traído pedacitos de mármol de Paestum.

Estos, únanimes, le decian:

—Los mejores hoteles de Italia son: el Albergo-Reale, en Milan; el hotel imperial y real de las Dos Torres, en Verona; el Albergo-Reale, de Venecia; la Casa de Postas, de Parma; el Hotel de Italia, en Florencia; el Hotel del Norte, en Livourna; el Grande-Albergo, en Bolonia; el Hotel de Lóndres, en Roma; el Hotel de la Gran Bretaña, en Nápoles

—Pero, y las curiosidades? las cosas que hay que ver?

—En Milan, la catedral; en Verona, el anfiteatro; en Venecia, San

Miróis; en Parma, la Cúpula; en Florencia la Campanila; en Livourna, la Madona y la torre inclinada de Pisa; en Bolonia, el museo; en Roma, las Catacumbas y otras cosas; en Nápoles, el Vesubio, Pompeya, &c., &c.

—Pero todo el mundo sabe eso! objetó Peter Paulus Brown.

G. C. W. Drake, S. Stevenson y J. N. Stewart, le vuelven las espaldas, y se van á sus quehaceres.

Peter Paulus se dirige hácia el diorama, para comenzar á formarse el gusto sobre la Italia. Le enseñan San Pedro de Roma, y la Gran Plaza de Venecia. Mira atentamente; y se reconoce á sí mismo, perfectamente, bajo la gran puerta de San Pedro.

Pues todavía se mira mas bien al pié de la escalera de los Leones.

El pintor lo ha puesto allí, con sus larguísimas piernas, sus promesas de vientre, sus espaldas estrechas, y su sombrero de alas diminutas, ligeramente echado hácia atrás.

Es una cosa providencial!

Al volver á su casa, dice á Penelope:

—Estais tísica en segundo grado. El doctor Temple os receta el aire de Italia.

Desde su mas tierna infancia, Penelope ha soñado con la tísica.

Penelope es una de esas rubias delicadas que comen muy bien en la mesa, y que se encierran en su aposento, despues de los postres, para devorar dos libras de sandwiches.

Habiendo sabido, con gusto, que está tísica, Penelope forma el proyecto de pasar todas sus noches escribiendo su testamento, con el fin de hacer llorar á lágrima viva á Lysander Marjoram, á Joky Watergruel y al abuelo.

Hay de estos testamentos de Penelope, que son obras maestras. Se les lee y relee en las familias, de noche, entre el té y los pastelillos. Están hechos con páginas tomadas de buena fe de las *Noches de Joung*, de las *Tumbas*, de Harvey y del *Cementerio*, de Lewis. El talento consiste en la trituracion de estos ingredientes diversos.

Se haria fortuna publicando un *Formulario* de testamentos poéticos, *for young ladies*.

A falta de un libro tan útil, Penelope, se procura el *Cementerio*, las *Tumbas*, las *noches de Joung*, y algunos otros libros del género sepulcral.

La cuestion es saber si se dejará á William y á Clary, al cuidado de Marjoram, Watergruel y comp.—Peter Paulus, no lo dudeis, cuando experimenta los primeros síntomas del mal de Italia, pierde repentinamente todas sus virtudes de padre de familia, y se vuelve *byroniana*.

Sueña con una *Marchesina*, morena y pálida, con un puñal celoso.

Dentro de dos años volverá á ser buen mercader de algodón, excelente padre de familia, y marido fiel. Dejad pasar la gravedad del mal de Italia!

En este momento nadie le resiste.

Hay en su rostro inmóvil no sé qué aire de ferocidad. Tienen miedo de él. Los niños se quedan, y Penelope llora.

Peter Paulus compra:

Un baston-paraguas, que puede servir tambien de silla para sentarse, y de barca en caso de naufragio;

Un par de botas de hule, para andar por los pantanos Pontinos;

Una de esas grandes bolsas de cuero llenas de pedazos de cobre, que se echan á los bandidos de los Abruzzos;

Un saco de viaje, de tela fuerte, para colgarlo á su cuello; un saco para *médém*; otro idem, mas voluminoso, para Jack; otro idem para Mel;

El famoso antejo de larga vista;

El martillo, con que deben arrancarse las muestras de arquitectura antigua;

Una cocina portátil; una tienda de campaña; una hamaca; muchos sombreros mecánicos, y una imponente cantidad de chalecos de frañela.

Estos chalecos deben ponerse sucesivamente, cuando se verifica la ascencion de una montaña, á causa del abatimiento gradual de la temperatura.

Cada dia se aumentan los bagajes.

Al fin, llega la hora de la partida. Los adioses son dolorosísimos.

Se ha escogido el itinerario de Francia. Las calderas del vapor de Boulogne, comienzan á calentarse. Todo está preparado; desde lo alto de London-Bridge, la mascada de Indias, de Marjoram, se agita, mientras que la tierna Joky se deja caer desmayada sobre el seno del abuelo Watergruel.

Corramos un velo sobre estas escenas que desgarran el alma!

La Francia ha sido atravesada. El *Pausilippo*, partido de Marsella, lleva ya cuatro dias de vogar en la mar. Penelope, debilitada por el *vomito marino*, no ha podido escribir ni una sola línea de su testamento; pero se ha comido ochenta docenas de limones.

Peter Paulus Brown le ha dicho: “no hay que hacer caso; eso es nada!”

Por lo visto, está buena; y eso es lo bastante para su tierno corazón;

A doce leguas de las costas de Nápoles, Peter Paulus atrió su *Gúta*, y apuntó su formidable telescopio.

Está contento. Su Guía no le ha engañado; Nápoles está visiblemente situado sobre la costa de Italia, al pié del monte Vesubio.

La ciudad está edificada en forma de anfiteatro. Esto produce un buen efecto visual. Por desgracia, el Vesubio no humea.

Pero ha dado señales de vida; y las dará!

Antes de dar fin á esta monografía de Peter Paulus Brown, de Cheapside, creemos deber añadir, que ademas de la pasión por las joyas de lava y los trocitos de piedra arrancados á los monumentos, el gentleman tiene generalmente dos ó tres ideas fijas, cuando emprende el viaje de Nápoles.

Estas ideas pueden variar, pero no mucho.

Lo mas frecuentemente, estas ideas son:

I. Observar las costumbres tan curiosas y tan poco conocidas de los lazzaroni.

II. Ver un bandido de la Calabria.

III. Incendiar su alma en el fuego de alguna pasión byroniana, y por concomitancia inmediata, recibir alguna puñalada de la *Marchesa*.

Un Peter Paulus verdaderamente dicho, es el que, despues de haber satisfecho esa triple pasión, puede asistir ademas á la ruina de algun pueblo, causada por los estragos del volcan.

Pero esta dicha no es concedida á todos.

La mayor parte deben contentarse con tostar la punta de su baston en la lava cálida aún, y llevar ese baston como un trofeo, á Marjoram y W. terguel.

En el momento en que el *Pausilippo* doblaba la punta del muelle, Peter Paulus habia dirigido la puntería de su anteojo hácia el Vesubio, y trataba de descubrir los *humeros* en la cumbre de la montaña.

—Cuidadol le gritó un marinero.

El cable de la ancla mayor se desenrollaba con rapidez. Tocó al paso una pierna de Peter Paulus, flaca, y vestida con un ligero pantalon de tela; y Peter Paulus fué á caer cuan largo era, al pié del gran mástil.

Lo primero que hizo despues de este fracaso, fué ver si su anteojo habia padecido.

Luego se frotó las costillas con un aire muy atento.

En tercer lugar, saludó con la mano al marinero, y le dijo:

—Yo pide moch perdon fourmalement!

Pero sus narices diáfanas se inflaron bruscamente, mientras que en su pecho se reunia una cantidad abundante de aire respirable. Se irguió en toda su altura, y se quitó con rapidez su sombrero mecánico, para mirarse en el espejito que habia en el fondo.

Pensaba, con esa emoción retrospectiva de un hombre que acaba de escapar de un peligro terrible:

—Por fortuna no me vió ella en tierra. Me habia levantado ya cuando su cabeza asomó por la escalera estoy seguro de que no me ha visto!

Si ella lo hubiera visto; ay Dios! os hago jueces! si lo hubiera visto con las piernas al aire, á él, á Peter Paulus Brown, de Cheapside, rodando entre los fardos y la jarcia!

Posición ridícula, sin duda, para un gentleman bien conocido en el comercio de algodones.

Pero qué? se trataba de la moribunda Penelope?

Y me lo preguntais?

Cuán poco conoceis la Italia, en sus relaciones con Peter Paulus Brown! El vapor solo, el buque que lo conduce á Italia, basta para cambiar su linfa en lava líquida! Esa nieve de ayer es hoy un volcan! Necesita su *Marchesa*.

Hay siempre una *marchesa* á bordo de todo *Pausilippo*.

Por la escalera que conducia al salon de las cámaras de primera, acababan de salir dos mugeres.

Se adivinaba la belleza de la primera, bajo el velo espeso que le cubria el rostro. Era de grande estatura. Su porte tenia altivez; pero revelaba tambien mucha tristeza.

Su traje era el de las viudas, en el momento mas riguroso de su luto.

Considerando bien á esa muger, que se adelantaba sobre el puente, con un aire pensativo, se hallaba en ella algo de extraordinario. Los marineros se hacian á un lado ante ella, con una especie de respeto. La muger no parecia poner cuidado en ello; pero cuando una mirada se cruzaba con la suya, bajaba precipitadamente los ojos.

Hubiérase dicho que la luz le lastimaba, ó que experimentaba esos sufrimientos de las gentes escesivamente tímidas.

Parecia tener de treinta á treinta y cinco años. Se habia oido al patron llamarla: Señora condesa.

Durante toda la travesía, se habia mantenido retirada de todos los pasajeros, encerrada en su camarote particular, sin hablar con nadie.

La otra era una muchacha, una morenita alegre y viva, de ojos chispeantes y risueños. No era difícil ver que ocupaba el rango de doncella al lado de la "Señora condesa." Pero habia algo de Don Quijote en

Peter Paulus; y ya sabemos á través de qué prisma via este famoso caballero á su Dulcinea.

Peter Paulus Brown habia escogido provisionalmente para su marchesa, á la morena Paola. Esta, que ni siquiera sospechaba tal honra, se reia hasta desternillarse, con solo ver al inglés, que le parecia muy original y muy divertido.

El patron del buque acudió con el sombrero quitado al encuentro de la muger enlutada. La dirigió algunas palabras, y la condujo á un lugar cómodo, recomendándola á las atenciones de su segundo. Este, marsellés un poco tostado, pero arrogante mozo, cambió una mirada risueña con Paola.

Peter Paulus, aun cuando estaba de mal humor, cerró su antejo con esmero y lo guardó en su estuche.

En el muelle y en la *Strada del Piliro* habia una multitud de gente—una multitud napolitana, ruidosa, risueña, habladora, gesticuladora; una multitud que se agitaba, que brincaba, que reia á gritos, y que aguardaba como su presa á los pasajeros del *Pausilippo*,

En una esquina de Porto-Piccolo, y al extremo de la calle del Muelle, se veia un ejército de coches de alquiler, alineados en muy buen orden. Los cocheros, en su mayor parte con los brazos desnudos y sentados sobre su casaca cuidadosamente doblada, miraban el puente del *Pausilippo* con un aire de envidia, y parecian decir:

—Es el fruto prohibido!

Es que en efecto, en el año de gracia de 1823, un navío, no por entrar en el puerto de Nápoles, veia el fin de sus penas. Casi todas las formalidades que impedían entonces el pronto desembarco, han sido despues suprimidas.

Tres botes se desprendieron de la playa al mismo tiempo. Eran por el orden de su categoría:

Sa Polizia,

La Dogana,

La Sanita;

La policía, la aduana, y la comision del consejo de salubridad!

Los napolitanos se han acordado hasta mediados del año de 1830 de la peste de Marsella.

Inmediatamente que las tres barcas hubieron llegado al navío, reinó la mayor confusion sobre el puente. La policía, pedia los pasaportes; la Comision de salubridad, tenia la pretension de tentar todos los pulsos; la Aduana usaba de su derecho, que es revolver todas las maletas.

Peter Paulus se volvió hácia Jack, y le pidió su diccionario italiano-inglés.

—Quedan muy contentos cuando les prodiga uno títulos, murmuraba hojeando rápidamente el vocabulario.

—*Doganiere!* exclamó triunfalmente; señor doganiere, cómo estar vos?

—No teneis nada que declarar? le preguntó éste, despues de haberlo saludado.

Peter Paulus consultó con presteza su diccionario.

—*Niente;* respondió.

Y despues de nuevas preguntas:

—*Assolutamente!* añadió.

El médico y el inspector de policía, se acercaron al propio tiempo.

El inspector reclamó los pasaportes. Peter Paulus no tuvo tiempo, ni aun para buscar su título en el diccionario.

El médico preguntó:

—No teneis ninguna enfermedad contagiosa?

Penelope, á esta pregunta que escedia todos los límites del *shocking*, se cubrió de una palidez verdadera. Peter Paulus mismo cerró los puños, á riesgo de hacer surgir un *casus belli* entre el reino de Nápoles y el gabinete británico.

—Vos ser, dijo, *an unpolished*, veritablement!

Luego, temiendo haberse escedido un poco, murmuró:

—Yo pide moeh perdon..... fourmalement!.....

—No teneis ninguna enfermedad contagiosa? repitió el médico.

Las venas de la frente de Peter Paulus se inyectaron.

—Yo decir.... exclamó; vos ser.... *an uncivil*.....

—*What inelegant clown!* dijo al mismo tiempo Penelope.

El médico no sabia probablemente el inglés; pero habia visto tantos Peter Paulus en su vida, que adivinó fácilmente lo que le ofendia á éste.

—Es una simple formalidad, le dijo.

—Oh!... exclamó el asociado de Marjoram, Watergruel y Comp. con efusion. Oye vos, milédy..... ser una fourmality!.....

Y cogió las dos manos del doctor.

—Mire vos, prosiguió abriendo la boca cuán grande era, de oreja á oreja, para mostrar sus largos y fuertes dientes; mire vos tambien la mandibola de milédy..... y la mandibola de Jack..... y la de la servant Mel.... Todo estar moeh..... limpio.... fourmalement!....

Habia en efecto allí, suma total, ciento veintiocho dientes, blancos, fuertes, filosos, capaces de devorar un toro vivo.

El médico pareció contento de su exámen.

Penelope escribió sobre su libro de apuntes de viaje:

“Nápoles: la costumbre característica es examinar los dientes, por

medio de una comision científica. Costumbre indecente y tiránica.... etc. etc."

En el entretanto, Peter Paulus repetia, para calmar su propia susceptibilidad:

—Pura é simpel fourmality!.....

De pronto le tocaron la espalda ligeramente por detrás. Era el oficial de policia, que le decia en francés:

—Por qué Gregory no está á bordo?

—Oh!..... dijo Peter Paulus estupefacto; vos dice Gregory?

—Sois vos quien teneis el Pendjáb?..... preguntó de nuevo el oficial de la policia.

—Oh!..... vos dice..... le Pendjáb?

El doctor se inclinó, al pasar, al oido de Penelope, y murmuró muy bajo:

—Irán por vos esta noche á las ocho!.....

Y se alejó rápidamente.

II.

MOTIN A BORDO.

MIENTRAS que Peter Paulus Brown trataba de comprender el significado de estas misteriosas palabras, y Penelope seguia con la mirada distraida el curso de sus vagorosos pensamientos, estalló un gran movimiento en la proa del *Pausilippo*, el cual, á pesar de haber terminado las visitas oficiales, no parecia dispuesto á proceder al desembarque de sus pasajeros.

Hacia ya algunos minutos que un coche, en cuyas portas setezuel

veia pintado un blason, permanecia estacionado entre el teatro del Fondo que está en la punta de Castello-Nuovo y el malecon del Puerto. Un hombre vestido con elegancia se habia apeado. Habia tomado un bote, bajo el muelle, y á fuerza de remos logró acercarse hasta el *Pausilippo*.

El patron lo saludó de lejos con una respetuosa solicitud. Los empleados de la aduana, de la policia y del consejo de sanidad, se habian igualmente descubierto la cabeza, en el momento en que sus barcas se cruzaron con la suya.

El consejo de sanidad, la aduana y la policia, habian subido á bordo del *Pausilippo* como habian podido; pero para el recién venido, sacaron una de esas escaleras móviles y tapizadas de terciopelo, que no sirven, en la marina real, sino para los oficiales de muy alta graduacion.

Era mucha honra á lo que parece, puesto que el recién venido, joven, ligero, y con suma práctica, saltó hácia el buque sin tocar la escalera.

El patron lo esperaba con el sombrero en la mano.

—Bonito pisaverde! decian entre sí los marineros.

El recién venido merecia efectivamente esta calificacion, por el excesivo cuidado de su traje, y por la elegancia graciosa y un poco afeminada de su apostura; pero merecia tambien algun adjetivo mejor.

Una mirada bastaba para adivinarlo.

Poseia efectivamente, es cierto, esa cualidad poco definida, que los hombres mal educados y las recamareras llaman *la distincion*; pero todo en él era de tal modo superior á esa ventaja vulgar, que la notamos solamente por conformarnos con la costumbre.

Era hermoso, con esa hermosura grande y atrevida que habla de genio y de heroísmo.

Ese ojo, tan tranquilo ahora y tan dulce en medio de su sonrisa, debia lanzar llamas terribles en la hora de la pasion.

El poder, la potencia, la fuerza, tienen su signo visible, ó por lo menos sensible, aun cuando estén adormecidas.

Ese pisaverde, como le llamaban los marinos del *Pausilippo*, ese dandy de manos blancas y cabellos de seda, no habia andado diez pasos sobre el puente, cuando con su aire de firmeza, habia hecho ya cambiar de opinion respecto á él á los marinos.

—A veces, éstos suelen tener la sangre roja.... dijo el timonero.

—*Tron dé l'air!* exclamó el segundo del *Pausilippo*. Si este muñeco es todo nervios!.....

Y otros:

—No convendria fiarse en su aire de muger.... suelen éstos ser duros de pellejo!

—No ha sufrido ella con el viaje? le preguntó el recién venido al patron, presentándole la mano.

—No, príncipe! respondió éste.

—Calle! dijo el segundo del *Pausilippo*; con que es un príncipe!

Las dos damas desconocidas, se habian levantado al acercarse el extraño, quien tomó la mano de la condesa, para llevarla respetuosamente á sus lábios.

Podia leerse sobre el hermoso rostro de ésta, á pesar de lo tupido de su velo de luto, una emocion extraordinaria.

Paola estaba tambien conmovida, pero á su modo; sus mejillas se pusieron rojas como dos cerezas. Bajó la vista, y una sonrisa picareza nació sobre su linda boca.

—Veo, señora, decia en el entre tanto el recién venido á la dama enlutada, que el doctor Daniel os ha dicho lo que debeis saber.... Esos vestidos de duelo me anuncian.....

—Lo sé todo!..... balbuceó la pasajera, que se deshacia en lágrimas; todo lo que el doctor Daniel podia decirme. Vos, señor, sois quien me direis el resto, y quien hará de mí la mas afortunada ó la mas infeliz de las mugeres!

El jóven desconocido le besó la mano por segunda vez.

—Por hoy, es necesario el descanso, le dijo; para mañana los negocios.....

—Cómo! exclamó la enlutada; me será necesario aguardar hasta mañana?.....

—Sigo á la letra las prescripciones del doctor Daniel, respondió el hermoso jóven.

Luego añadió:

—Si teneis la bondad de seguirme, voy á conducirlos á vuestro palacio.....

—Mi palacio!..... repitió la pasajera asombrada.

Los ojos de su interlocutor le dijeron:

—Silencio..... nos observan!.....

Ella se calló; él la ofreció el brazo, y juntos atravesaron por entre los grupos de pasajeros.

—Cómo! es que esos se van á ir? preguntó un mercader gordo.

—Canario! exclamó una jabonera de Marsella, dirigiéndose al patron, vas á establecer privilegios sobre nosotros?

El hermoso caballero, su compañera y Paola, que se reia al escuchar los murmullos de la multitud, llegaban á la proa para saltar á la barca que los esperaba.

El patron tenia el aire bien embarazado.

Hizo, aunque compungido, una señal á dos marineros, quienes se pararon frente á frente del jóven desconocido, diciéndole:

—No se pasa!

—En buena hora! gritó la jabonera; cuando yo me espere, el rey puede esperarse.

Los grupos de los mercaderes palmorearon.

—Qué significa esto, señor Bergasse? preguntó el hermoso desconocido, volviéndose hácia el patron.

Este se adelantó con el sombrero en la mano.

—Príncipe, dijo, los reglamentos no admiten ninguna escepcion....

—Ni siquiera en mi favor, hijo mio! le interrumpió la jabonera marsellesa.

—Ni siquiera en nuestro favor! apoyaron todos los mercaderes.

Y Peter Paulus añadió:

—Este persona no estar siquiera en un caso exceptivo como yo..... yo ser súbdito ingles!

Los que han tenido la dicha de oír pronunciar por Peter Paulus Brown, de Cheapside, estas palabras: *súbdito inglés*, comprenden el énfasis sublime del antiguo: *Sum civis Romanus!*

La multitud de los pasajeros habia formado un círculo estrecho, para gozar á su sabor de la confusion de aquel almivarado elegante, que habia creído poder abrirse una puerta, cerrada á tantos negociantes marselleses.

La jabonera esmaltaba su alegría, con todas las flores del lenguaje, propias de las aromáticas riberas de la Cannebière.

En medio de todo aquel ruido, pronunció el jóven á media voz un nombre:

—Cucuzone!

Se vió uno de los cables que pendian de la cubierta, atirantarse, una ancha mano apoyarse en el balastrado del buque, y un gran moceton, de rostro tostado, vestido como los remeros del puerto, cayó como una bala sobre el puente.

—Escelencia! dijo, inclinándose delante del desconocido.

Los asistentes se callaban, maravillados por la salvaje agilidad de aquel picaronazo.

—*Very nimble clown!* exclamó Peter Paulus con admiracion.

—Tienes el boletin? preguntó el jóven dandy, al marino.

Este sacó de su seno un papel, que entregó al patron.

—Dejad pasar! ordenó inmediatamente este último, quien añadió con un respetuoso saludo:

—Príncipe, me perdonareis haber cumplido con mi deber.

La barca estaba junto á uno de los costados del *Pausilippo*.

Cucuzone saltó hácia ella de un brinco.

Luego fué puesta la escala, y el jóven desconocido hizo descender á sus dos compañeras.

Nadie pudo sufrir mas, y estalló una rebelion á bordo.

Peter Paulus entró en una agitacion tal, que Jack no recordó haberlo visto jamas en un estado semejante.

Cerraba los puños, é inflaba sus mejillas; su frente y sus orejas, rojas como la sangre viva, resaltaban en medio del amarillo apagado de sus cabellos.

Repetia:

—Yo quiere partir! partir inmedietlement.... ser intolerabel..... suplicio de Tantalous.... Yo ser súbdito ingles!....

Se mezcló entre la multitud furiosa de los pasajeros.

La otra multitud ruidosa del muelle, se reia con todas sus ganas, y azuzaba la insurreccion.

La barca, sin embargo, hacia fuerza de remos hácia el desembarcadero, llevándose al príncipe y sus dos compañeras, de las cuales una sola se volvió para dirigir una mirada burlona á los pasajeros del *Pausilippo*.

Peter Paulus se adjudicó esa mirada, y su rencor aumentó!

En medio de los gritos que llenaban el puente del buque, se podia distinguir fácilmente la voz gutural del mercader de algodón, repitiendo su patriótica protesta:

—Yo ser súbdito ingles!

La barca llegó al muelle.

El príncipe, la muger enlutada y Paola, montaron en el coche con blasones, que partió á galope y desapareció detrás del palacio del ministerio de Estado.

III.

LA STRADA DI PORTO.

UNA media hora despues, Peter Paulus estaba instalado en un cuarto, en el hotel de *La Gran Bretaña*.

Una hora mas tarde, se cubria con un traje que habia comprado espresamente para conservar el incógnito en sus viajes, y salia del hotel, sin ruido. Pasaba la Villa Reale, subia por la calle de Santa Catarina, y luego por la Strada di Chiaja, para llegar á los alrededores del puerto.

Eran mucho mas de las seis. La noche comenzaba á oscurecer. Peter Paulus marchaba á grandes pasos.

Un pensamiento le dominaba: queria hallar á la marchesa.

Peter Paulus traia cartas de recomendacion para los altos dignatarios de la policia.

Con un poco que ésta lo ayudara, en pocas horas podia hallar el retiro de la que habia escogido, entre todas, para adorarla frenéticamente, á lo Byron.

Llegó, sin haber tenido necesidad de preguntar el camino, hasta el ministerio de Estado, en donde se hallaba la direccion de policia.

Las oficinas estaban cerradas, como es de suponerse. Entró al aposento del conserje, y le manifestó que deseaba hablarle al señor Spurzheim, para un negocio de la mas alta importancia.

El conserje le dijo que el señor Spurzheim, enfermo hacia cuatro dias, se hallaba en su casa de la piazza del Mercato, al otro extremo de la ciudad.

Peter Paulus tenia un primo médico, que trataba á sus clientes por